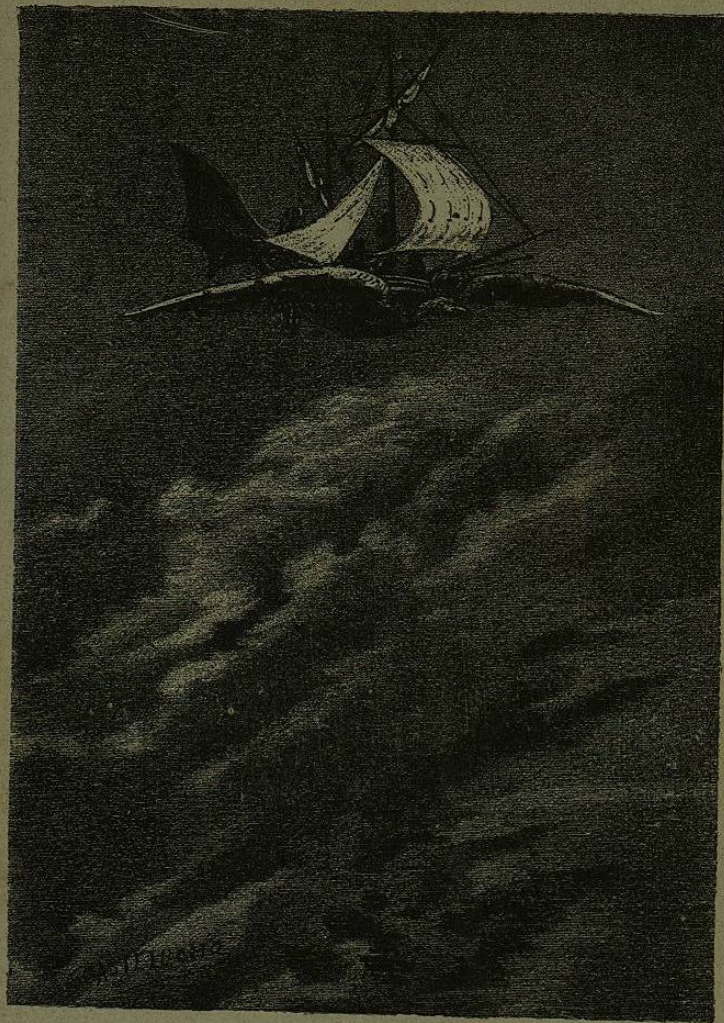


do en breve su equilibrio, y cerniéndose sin balancearse en el éter sereno y despejado, como nos mece un ensueño ántes de despertarnos, con imperceptible movimiento por temor de interrumpir nuestro descanso, hendia el horizonte, rápida como el pensamiento, sobre las elásticas ondas apenas agitadas.

Conforme se iba acercando la barca al punto de su destino, matizábase el cielo con las tintas de la aurora: la noche rodeaba ya sus bordes de una blanca aureola semejante á la leche pura que rebosa de una vasija oscura; las estrellas se apagaban en las alturas, como ojos que se cierran cansados de velar en los cielos; el sol, lejos aún de rasar nuestra tierra, en lugar de elevarse desde la nocturna techumbre, subía pálido y pequeño del abismo sin fondo cual ígnea roca lanzada por un cráter, y sus lejanos rayos, en nada reflejados, amortiguaban la lucha del día y la noche. Poco despues vieron los navegantes debajo de su esquife, rodeado ya de claridad, que, al través de la oscuridad, surgía de las vagas sombras un globo opaco, del mismo modo que al amanecer se ve surgir una isla del seno de las olas. Era la tierra, con las manchas de sus costados, sus venas de azuladas corrientes, sus montes de blancas crestas y su mar, que siendo el primero en recibir la claridad del día, brillaba en su noche como un lago de luz.

¡Tierra! gritó una voz, y por arte secreto aquella nave, que parecía extraviada en un mar sin orillas, descendió cual águila que divisa su presa, enderezó el rumbo hácia los montes y los mares, y dirigiendo la proa hácia los picos del Siná, inclinóse sobre el lago Asfáltite. Desde la altura á que se hallaba oyó el rumor intermitente que producian las macizas oleadas de este mar al chocar contra sus orillas, notó cómo subía hasta la vela el fresco viento de aquellas aguas, vió su vuelo reflejado en el espejo de sus ondas, y siguiendo el Jordán contra su corriente, encaminóse hácia sus fuentes, de-



LA AÉREA NAVE DESCENDIÓ CUAL ÁGUILA QUE DIVISA SU PRESA

jando atrás á Gad y Saphad. El santo rio parecia presentir gozoso el porvenir que le esperaba, así como Genezareth, cuyo lago despedia brillantes resplandores, cual si sus aguas percibieran ya el rumor de los grandes pasos que, andando el tiempo, habian de consagrar sus santas playas!

Ya comenzaban á blanquear á la vista de los nautas las cumbres del Libano, que estos debian cruzar; ya percibian el inmenso y creciente murmullo que silbaba noche y dia entre su cabellera, como un soplo lejano de la inspiracion que dierra el cedro á las arpas de Sion. Ya veian ondular á sus plantas el bullicioso mar de sus oscuros follajes. Ya descendia el astro solar hácia el occidente, cuando, sobre un valle oscuro y profundo, la barca suspendió de pronto su al: da carrera, y así como el corsario de Hydra se oculta en una ensenada al abrigo de una roca hasta la hora en que la noche ofusca el blanco color de su vela, así tambien el piloto aéreo, rindiendo el mástil y plegando la suya, dejó que su esquife ondulara á los suaves balanceos del aire hasta que asomara la luna: mientras el barco flotaba á la ventura, los tripulantes tomaban un poco de alimento, y asomándose luego á los bordes de la embarcacion para entretener su ocio, contemplaban con mirada vaga y distraida cómo corrian los torrentes, cómo descollaban los montes, y cómo revoloteaban las águilas sobre los abismos. Solamente los leones rugian á la sazón en aquellos sitios.

Cuando la noche renaciente oscureció de nuevo los cielos, la barca se remontó hácia la bóveda estrellada como un ave que parte de la rama en que se posaba, dobló la mugiente cumbre del nuboso Sannim, semejante á un gran promontorio que amenazaba el cielo, bajó por la opuesta vertiente del Libano, hácia la anchurosa llanura en que serpentea el Eufrates, y empezó á flotar sobre el cielo de los gigantes en las libres ondas de un éter trasparente.

Bajo su quilla ondulaba ya un vasto resplandor, cual fanal

que oscila sobre el escollo; eran las mil luces de la inmensa Babel, que parecían un encendido volcán reflejado en el cielo. El esquife aéreo guiado por aquella llama, hacía mugir las ondas aéreas con su quilla; estremeciase el timón en la robusta mano del piloto, y por fin el barco se sumergió poco á poco en aquel cráter humano, del cual emanaba un ruido sordo y creciente parecido al de los grandes mares que azotaban sus riberas.

Cedar y Daidha miraban en torno suyo, no pudiendo adivinar de dónde procedía aquel ruido tumultuoso, y bajando involuntariamente la cabeza al oírlo, figurábanse que se acercaba una gran tempestad, y se admiraban de ver que la nave flotaba en un cielo de cristal, balanceada por un soplo siempre suave é igual. Pero aturdidos por último, inclinaron el oído hácia el inmenso incendio, y en los procelosos embates de aquel ruido subterráneo, creyeron percibir el acento humano; cuanto más aumentaba en las nubes aquel bullicio creciente, más sondeaba su alma tan desconocidos clamores.

Aquel estruendoso rumor era la respiración de un día que brotaba de noche de aquellos grandes muros habitados por una nación; era ese ruido intermitente de un millón de alientos que llenan de sonoros ecos las oleadas del aire cuando una colmena humana, ántes de entregarse al reposo, parece dar rienda suelta á las pasiones del día; sorda ondulación de ese mar de vida en que la onda de los sonidos va seguida de otra, en que el prolongado clamor, interrumpido por una pausa, hace vibrar ó contiene los latidos de las sienas; en que se oyen mugir, á lejanas bocanadas, tempestuosos rumores ahogados por otros; inextricable eco de sonidos, gritos y acentos cuyo ruido se percibe sin comprender su sentido.

Tal se elevaba del seno de la distante ciudad el ruido cuya causa deseaban conocer los dos esposos; pasos de un pueblo numeroso que hacen retemblar el suelo, golpes sonoros del hierro sobre el metal que se estremece, fragor eterno de los carros

en la cantera, corriente del río encajonado entre sus márgenes de piedra, nutridas orquestas que repercutían en el aire melodioso y en metálicas voces los deleites de los dioses; monótono suspiro del hambre que mendiga, atronadoras excitaciones á la matanza, al incendio; rumores, en fin, que se elevaban confundidos al tranquilo seno de los aires, formando un solo sonido de tantos sonidos diferentes. Oíase también estrépito de palos y cadenas, horribles estertores de víctimas humanas, gritos de angustia de la madre de cuyo seno querían arrebatarse el hijo á quien amamantaba para quitarle la vida, ó de la virgen arrancada de los pilares á que se abraza con vehemencia para que satisfaga el lascivo furor de sus raptos; motines cautelosos, asaltos, sediciones, imprecaciones, aplausos, voces desgarradoras, estrepitosas carcajadas, y luego, así como á orillas del mar el viento pausado y sordo empuja contra el escollo una oleada pesada y anchurosa tras la cual se precipita otra rompiéndose contra el mismo escollo con atronador estruendo, así también brotó del seno de un silencio en que todo rumor espira, un inmenso clamor exhalado por el pueblo entero con fragor tempestuoso, clamor que, haciendo temblar el aire como una onda sonora, asfixiaba al ave en los fuegos de la aurora. Al resonar aquella gran voz, el espíritu de los dos amantes daba vueltas en su cerebro, y su corazón tembloroso, encogido de espanto, sentía el golpe de rechazo de cada ruido de la tierra, sus sienas se olvidaban de latir, y juntamente con tan inusitados sonidos recorría un agudo escalofrío sus helados miembros.

Del propio modo, cuando dos cisnes abandonan su lago, tan luego como observan los primeros indicios del precoz invierno, para preservar á sus hijuelos de las penetrantes brisas del Norte, y atraviesan el cielo de uno á otro confin, si su vuelo les conduce á un campo de batalla en que dos pueblos armados se destrozan las entrañas, oyen también rugir en la llanura ensangrentada las oleadas del combate y los gritos

de los combatientes; observan los relámpagos de la pólvora que hacen brotar el rayo de aquel cráter viviente; ven horrorizados las aguas de aquel lago en que tanto les complacia bañarse, tintas en sangre, los globos de fuego que el salitre hace estallar socarran sus plumas hasta en las mismas nubes, y en aquellos campos de horror de los que no pueden alejarse, sus alas sin fuerza no osan ya palpar.



NOVENA VISION.

Entre tanto el esquife bajaba hácia donde rugia aquella tempestad horrible, rasando las cúspides sombrías de las altas torres, que por su gran número, y sus cimas aglomeradas en forma de agujas, de arcos ó de minaretes, parecian una selva de piedra en que los mármoles y granitos hubieran germinado por sí mismos, vegetando á modo de árboles: pirámides, altísimos palacios, puentes inmensos que descansaban sobre inmensos arcos; arcadas sobre arcadas erguidas sobre anchas plataformas y sirviendo de pedestal á mónstruos enormes; obeliscos monolíticos, arrancados del seno de la tierra como una osamenta, que sin sostener nada iban adelgazándose como una espada y se perdian como un ensueño en el seno de las atónitas nubes; acueductos en que mugia el rio de caudalosas aguas, jardines aéreos suspendidos de mil arcos, cuyos gigantescos árboles, más altos que nuestras ideas, difundian sobre los palacios inconmensurables sombras; columnatas que seguian, cual una serpiente de bronce, los grandes pliegues del terreno desde las lomas hasta los valles, en que innumerables troncos de metal, prodigiosas plantas, ostentaban en sus copas follajes de acantos; jarrones en que humeaban piras de aloe para perfumar de noche la brisa de los palacios,